

María Estuardo, reina de Escocia, casábase con el delfin Francisco de Francia, hijo de aquel Enrique II, célebre por su largo cautiverio en España. A virtud de aquel enlace, la poderosa nacion vecina, rival eterna de Inglaterra, tenia un pié puesto en el seno de las islas y amenazaba desde valiosos puntos estratégicos. Mas no pararon aquí las desgracias de la política exterior de María. Paulo IV le declaró una guerra insidiosa; y para mejor atormentarla, conminó y molestó gravemente al cardenal Pole, quien era para María un consuelo en su dolor y un refugio en su abandono. Pero el golpe mayor debía recibirlo de otro terrible imprevisto caso. Calais pertenecía de antiguo á Inglaterra. Doscientos años hacia que lo llevara en el botin de la batalla de Crecy el rey Eduardo III, quien mantuvo á sus puertas un cerco de doce meses. La ciudad era un timbre de orgullo para Inglaterra, una marca de ignominia para Francia. El general francés que la reconquistase para su patria, ganaria gloria inmarcesible y duradero influjo. Poderosa tentacion, pues, para un duque de Guisa, enlazado con las familias reinantes en Europa, y deseoso de mostrar que si no ocupaba un trono, merecia ocuparlo. Felipe II, gran esbirro, quien habia organizado su política extranjera de suerte que pudiese informarse con rapidez de cuanto pasaba en Europa, comunicó á su esposa María los planes del francés y le prometió tercios españoles para preservacion y defensa de la ciudad amenazada. Temerosos los ingleses de que, una vez entrado en ella el ejército nuestro, no saliese nunca, desoyeron el aviso de alarma y rehusaron las ofrecidas huestes. Cara debian pagar tal soberbia. En dias de tan aguda crisis contaban solo mil doscientos hombres en punto de naturaleza tan importante y de posicion tan extraordinaria para ellos. Sigiloso Guisa, contando con la complicidad misma del pueblo á quien acometia, plantóse ante su vista en bien pocas jornadas. Los ingleses fiaban mucho en la natural fortaleza del punto acometido. Las olas y las mareas unidas con las marismas y riachuelos, hacian á este puerto de mar inabordable. Pero Guisa, conocedor de todas sus partes flacas, apoderóse de un fortin á primera vista insignificante; desde el fortin apoderóse de la ciudadela; desde la ciudadela de la ciudad. Doce meses duró el sitio que los britanos pusieron dos siglos antes á los franceses, y siete dias el sitio que los franceses pusieron á los britanos. La obra de Juana de

Arco quedaba concluida. La garra extranjera desaparecia del suelo francés. Francia ensanchaba con esta fortaleza la unidad territorial, por la que habian combatido tantos héroes y habian muerto tantos mártires.

No puede, no, decirse ni encarecerse toda la ira de Inglaterra en tan adverso momento á su poder y á su gloria. Estremecióse la isla de un extremo á otro extremo. Las pasiones políticas, como sucederá siempre por desgracia en todos los pueblos sobradamente divididos, trocaron la increíble rota en vistosa bandera, donde inscribir sus respectivos lemas. Decian los protestantes que Inglaterra era vencida porque la desmayaba el gobierno de los curas y la empobrecia el regreso y reversion de los bienes nacionales á Roma. Por el contrario, el partido católico declaraba que Dios se habia ensañado en su pueblo porque las persecuciones se habian detenido en los tribunales religiosos y las hogueras se habian apagado en las ciudades británicas. Los dolores psicológicos y las enfermedades fisiológicas de María llegaron á su colmo en este instante horrible. Un torvo silencio, semejante al silencio de la muerte, comenzó á pesar sobre los labios de la Reina, mientras el sueño huia de sus ojos apagados y toda quietud huia de su vida exhausta. A cuantos se le acercaban, deciales que su corazon estaba lacerado y que tenia en estas lacérias grabada la pérdida de Calais. Pensar que todo el predominio continental de Inglaterra estaba en la posesion de Calais, punto estratégico bien propio para penetrar en el corazon de Francia y para ir á las Provincias Unidas; pensar que allí se resumia todo un pasado de combates heróicos y de glorias inmarcesibles, cuya pérdida se unia desde entonces al nombre de la Reina, convertíase para esta en monomaníaca y horrible aprension, la cual no podia en modo alguno desechar ni de su memoria ni de su corazon ni de su conciencia. Una frase bien expresiva dejó á la posteridad María de tan horrible dolor, cuando dijo que, muerta y enterrada, si la sacaban del sepulcro y la abrian el cuerpo buscando la enfermedad á que hubiera sucumbido, encontrarían, allá en su corazon, impresas y chorreando sangre las terribles palabras: «pérdida de Calais.»

Buscáronse mil compensaciones á desventura tan grande; votaron los Parlamentos cuantos subsidios se pidieron; armóse una escuadra de ciento veinte buques, los cuales llevaban consigo hasta siete mil hombres; deci-



dióse bombardear las costas de Bretaña y tomar la ciudad de Brest. Mas de treinta buques, pertenecientes á la marina española, uniéronse á la escuadra inglesa. Creía todo el mundo que tanto aparato de fuerza estaba destinado á ventajas indudables y á triunfos ruidosos; pero de todo ello salió la quema de algunos villorrios y el malogro de algunas tentativas. El Almirante inglés topó con una plaza muy bien artillada y á todo evento apercebida, por lo cual tuvo que retirarse á Inglaterra. Despues de las dos batallas, sobre los franceses ganadas, por las tropas españolas, comenzóse un tratado de paz entre Francia de un lado y España é Inglaterra de otro, para concluir, ó por lo menos, treguar aquellas rivalidades cruentas. Pero, en este punto, comienza ya la triste agonía de la infeliz é infame reina. Las sombras de su entendimiento se espesan, las supersticiones de su ánimo se aumentan, el mundo exterior parece como conjurado para entenebreecer aquella coronada cabeza. Continuas tempestades asombraban el cielo y herian la tierra; terribles chispas eléctricas incendiaban las aldeas y derretian las campanas en las altas torres eclesiásticas; los rios abandonaban sus cauces y salian de madre, invadiéndolo é inundándolo todo; sumergian los huracanes multitud de buques y desarraigaban multitud de árboles, matando en tierra y mar á muchas personas; envenenaron las fiebres palúdicas de tal suerte los aires, que desarrollada una verdadera epidemia colmó los sepulcros y despobló las ciudades y los campos; signos de divino rencor que inspiraron á María la idea de su próxima muerte, y en algunos momentos hasta la idea de la próxima conclusion del mundo. La peste misma hirió á la soberana. En Hampton-Court, su estacion de verano, la cogió, y ya tuvo necesidad de arrastrarla consigo hasta el dia de su muerte. Debilitada por el ayuno, derretida en lágrimas casi, la bárbara medicina de aquel tiempo agravó su debilidad imponiéndole muchas y muy continuas sangrías. Asemajábase, pues, la reina de Inglaterra en estos momentos á la sombra de un cadáver.

Descorazonada por su infructuosa política, no podia refugiarse en aquel hogar, abandonado de su esposo, hogar frio y oscuro como un sepulcro. Así hace su testamento sin saber siquiera en sus agonías á quién llamar heredero. Felipe de España era en realidad el designado por su postrer deseo, pero Isabel de Inglaterra era la designada por el deseo de la nacion. El he-

redero de su pensamiento no era el heredero del pensamiento del pueblo, y el heredero del pensamiento del pueblo no era el heredero de su propio pensamiento. Imposible que decidiera ella en Estado y gobierno tan sujetos á las leyes y tan sumisos al Parlamento como el Estado y gobierno de Inglaterra. Así traza la infeliz su postrimera voluntad sin dirigirse á ningun sucesor concreta y seguramente designado. Lo que mas embargaba su ánimo era la idea de un cambio religioso. Despues de todo, importábale poco la persona del heredero y le importaba mucho la continuacion del culto y la victoria del dogma. Por tal razon diputó el duque de Feria para que inquiriese el estado de ánimo en que se encontraba Isabel. Volvióse el diputado al palacio y aseguró á su reina que la princesa Isabel estaba por no alterar de ningun modo las ordenanzas religiosas: tanto suelen mentir los poderosos del mundo, que alcanzan á engañar aun á los mismos que creen todo gobierno fundado en la mentira y todo asunto diplomático sinónimo de dolo y de engaño. Corria la mañana del 17 de noviembre de 1558, cuando las sombras de la muerte se condensaban ya sobre la frente de la reina. El hipo de la postrer agonía resonaba en su anudada garganta. Y fiel á las devociones de toda su vida, quiso que le dijeran misa en su cámara mortuoria. En efecto, la misa comenzó cuando se acababa la vida, y al momento del alzar á Dios, queriendo hacer un esfuerzo para plegar las manos, apoderóse de ella la muerte, que sin duda quiso consolarla del golpe dado, mostrándole, allá en su hora postrimera, la tantas veces bendecida hostia. Cuarenta y dos años acababa de cumplir cuando pasó de este mundo. La hermosa capilla de Enrique VII contiene los huesos de María Tudor. La arquitectura es gótica; los ángeles y los santos allí esculpidos pertenecen á la liturgia ortodoxa; los símbolos del Catolicismo lo consagran y lo enaltecen todo; pero no se oye, no, el oficio de difuntos, no se dicen romanas misas; no se oyen las oraciones que encomiendan á Dios las almas; no se ven las lágrimas que extinguen las llamas del purgatorio: una religion opuesta por completo á la religion de María Tudor ha invadido aquellos parajes y ha cambiado los antiguos ritos. La hija de Ana Bolena, la representante del protestantismo, la bastarda de Enrique VIII, segun el sentir de María Tudor, duerme á su lado, aunque María pidió en el testamento que la enterraran con su madre Catalina de Aragon;



y mientras Isabel tiene un magnífico sarcófago, sobre cuya losa yace una primorosísima estatua, no se ve ni el nombre siquiera de María en una sola piedra.

Nos hemos detenido ante la figura de María de Inglaterra, porque representa una tendencia muy natural en todos los períodos de revolucion, la tendencia reaccionaria. Y no fué esta reaccion privativa solo de Inglaterra; húbola, y espantosa, en todas las regiones del mundo. Papas como Paulo IV, Pio V y Sixto V; reinas como María de Inglaterra y Catalina de Médicis; reyes como Carlos IX de Francia y Felipe II de España; poderosos generales é innumerables y valiosísimos escritores la representan en toda la segunda mitad del siglo décimosexto. Por consiguiente, la reaccion se hallaba en la ley natural de las cosas como el afelio y perihelio de los astros, como la sistole y la diastole del corazon, como el círculo de las estaciones. Y siempre que una tendencia social se muestra, busca y halla una organizacion que la encarne, que la realice, que la cumpla. La revolucion se habia encarnado en la Iglesia de Zuinglio, en la Iglesia de Lutero, en la Iglesia de Calvino; la reaccion debia encarnarse á su vez, tomando cuerpo y organismo en Loyola y en los jesuitas.

## CAPITULO II

COMIENZOS DE LA VIDA É HISTORIA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Hemos descrito en el capítulo anterior una importantísima parte de la reaccion religiosa, para que pudiera verse con toda claridad la tendencia, opuesta de suyo, á las tendencias de la revolucion. No podia trasformarse, no, por un solo conjuro y en un breve período ni el humano espíritu ni la sociedad, su complemento. Necesitábanse dias de reaccion como han tenido todas las grandes revoluciones sociales, así las artísticas como las filosóficas y las políticas. La conciencia humana tiene sus crecientes y sus menguantes como el astro de la noche; tiene sus flujos y sus reflujos como los océanos del planeta. Ninguna institucion histórica en el mundo ha caido sin una grande, y por cierto tiempo, incontrastable resistencia. Subid con el pensamiento á las edades mas apartadas y encontrareis en hechos múltiples la confirmacion secular de estas observaciones evidentes.

El Imperio romano se funda, y aun tiene aquel patriciado, que parecia tan débil, un Bruto, capaz de contener por algunos dias con el esfuerzo de su ánimo y el puñal de su cinto los decretos de la Providencia. El Imperio romano sucumbe á la irrupcion germánica en el siglo quinto; y aun se hallan, dentro de esta irrupcion misma, bárbaros como Ataulfo y Alarico y Odoacro y Teodorico y Carlo-Magno, los cuales sueñan, todos á una, con su restauracion imposible. El Pontificado cede, allá por el siglo décimotercio, en cuanto espira Inocencio III, la direccion del mundo al poder civil, y sin embargo, dentro de ese siglo, al terminarse, Bonifacio VIII surge, cuya tenacidad hubiera vencido á los monarcas del tiempo, si todas las reacciones históricas no